



Viaje a Rusia Josep Pla

Traducción y prólogo de
Marta Rebón



DESTINO

Viaje a Rusia

Josep
Pla

Traducción
de Marta Rebón

Ediciones Destino
Colección Destino Clásicos
Volumen 19

Títulos originales: *Viatge a Rússia el 1925. Notícies de l'URSS. Una enquesta periodística* y *Andreu Nin (1892-1938)*, en *Homenots. Segona sèrie*

© Herederos de Josep Pla, 1981

© Editorial Planeta, S. A. (2018, 1925, 1966)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-233-5428-3
Depósito legal: B. 18.851-2018
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Viaje a Rusia en 1925

Noticias de la URSS

Una investigación periodística

Historia de este libro

Quizás valga la pena explicar, rápidamente y con claridad, la historia de este libro, porque su misma singularidad puede ayudar a comprender muchas cosas de aquellos tiempos.

En un momento dado, los amigos de la peña del Ateneo barcelonés creyeron que el diario *La Publicitat* tenía que publicar unos artículos sobre Rusia elaborados a través de un contacto directo. La idea de aquellos señores era que los artículos tenían que ser informativos, declaradamente periodísticos, sin *engagement* apriorístico, y estar redactados con el criterio que los ingleses quieren dar a entender cuando pronuncian la frase: *Wait and see*. Quizás algunos creyeron que la persona que podría intentar redactar esos escritos era yo, que ya hacía más de seis años que recorría el continente ejerciendo la profesión de periodista. Todas estas ilusiones se produjeron en los primeros meses del año 1925.

Una vez se pusieron de acuerdo, lo cual no costó nada, fueron a ver a los elementos directivos del diario y propusieron la cuestión. Sería una absoluta banalidad recordar ahora la enorme curiosidad que

Rusia suscitaba en todas partes, la forma de vivir (o de sufrir) que había impuesto y la sensacional política que había emprendido —curiosidad que no ha menguado ni un solo instante desde la Revolución de Octubre hasta nuestros días—. Los asistentes a la peña del Ateneo estaban seguros de que la publicación de estos artículos tendría una gran repercusión periodística y que el éxito económico sería positivo para el diario. La dirección de *La Publicitat* contestó que la propuesta era inaceptable, porque la administración no tenía dinero suficiente para costear los gastos del viaje y de la estancia de un mes o seis semanas en Rusia del hipotético corresponsal que resultara elegido. Ante la negativa, los amigos del Ateneo no se dieron por vencidos y sugirieron que ellos mismos estaban dispuestos a hacerse cargo de los gastos si el periódico publicaba los artículos. Entonces la respuesta fue afirmativa y el trato se cerró sobre estas premisas.

El doctor Joaquim Borralleres, que cuando se trataba de sus cosas se mantenía casi siempre en un estado de una morosidad indiferente, era un hombre que nunca paraba cuando entraba en cosas más genéricas. En primer lugar, escribió a Andreu Nin (quien, unos años antes, antes de iniciar su actividad socialrevolucionaria, había formado parte de la peña) a Moscú, le anunció los propósitos que había y le preguntó con qué presupuesto debía contar la persona encargada de ir a Rusia. Nin contestó (enseguida) que recibiría con mucho gusto a la persona que le enviaran, siempre que no fuera un anarquista específico y que dicha persona se alojara (pagando, por

supuesto) en el hotel Lux de la Tverskaia, que era el hotel donde él, personalmente, vivía con su familia, y que consideraba que el viaje Berlín-Moscú (vía Riga)-Nizhni-Nóvgorod (hoy Gorki)-Leningrado y la vuelta a Berlín por Königsberg, se podía realizar por cuatrocientos dólares americanos, todo incluido. El doctor Borralleres abrió enseguida la suscripción —era un experto en esta actividad— entre los miembros de la peña y el dinero se recolectó rápidamente, quiero decir las pesetas, que se convirtieron a dólares enseguida.

Después me escribió a París, donde yo estaba en ese momento. Mi primera reacción fue de rechazo, pues me consideraba totalmente incapacitado para cumplir el encargo que me ofrecía. «En Moscú —le dije en la carta de respuesta— no conozco a nadie y, aunque la mayor parte de los periodistas que ahora envían se encuentran en el estado en que yo me encuentro, disponen, sin embargo, de la representación diplomática de su país, que los ayuda y orienta por lo menos en los asuntos mínimos. En París existe la idea de que es imposible ir a Rusia hoy con las manos en el bolsillo.» (Con Nin, no había tenido ninguna relación, de modo que no me conocía de nada.) Añadí: «Por otra parte, está la cuestión del visado. No me veo con ánimos de obtener este documento ni en París ni en Berlín». El doctor Borralleres me contestó a vuelta de correo. «En primer lugar —decía la carta—, Andreu Nin le esperará en el hotel Lux, que es adonde usted se dirigirá con un taxi, espero, al llegar a Moscú. Después, sé que nuestro amigo Eugeni Xammar tiene previsto ir a Rusia

aproximadamente en las mismas fechas en que irá usted. Pase por Berlín y vea a Xammar. Xammar conoce a Nin. La cuestión del visado está resuelta. Estelrich ha hablado de ello con Cambó, y Cambó se ha puesto en contacto con M. Anatole de Monzie, ministro de Trabajos Públicos de Francia, quien hará que los servicios diplomáticos rusos en París le den el visado (que no se pondrá en el pasaporte, sino en un papel aparte). Parece que De Monzie y Cambó son muy amigos: asisten a una comida mensual, junto con otros conocidísimos políticos, que se celebra en el restaurante Lapérouse, una comida que, al parecer, preside el príncipe de Borbón-Parma. Póngase en contacto enseguida con M. De Monzie, solicítele una entrevista en su despacho del ministerio y todo quedará resuelto fácilmente. Recibirá cuatrocientos dólares por el conducto normal que tiene establecido el diario para enviarle dinero. No tengo mucha memoria para estas cosas, pero me parece que todo asciende a 2.800 pesetas. Según Nin, será suficiente. Por último, le diré que, a partir de este momento, ni la peña ni yo estamos para nada en este asunto. Entiéndase directamente con el periódico. Adiós.»

La carta del doctor Borralleres mostraba un tono de tanta seguridad que comprendí que lo daba todo por hecho. Aún albergué la esperanza de que las cosas no fueran tan fáciles como pretendía Quim. Pero, para mi completa sorpresa, todo fue como una seda. La visita a M. De Monzie apenas duró ocho minutos: el tiempo de que una secretaria escribiera a máquina una breve carta de presentación y de ha-

blar un momento de don Francesc. En la embajada me hicieron esperar aún menos. Escribí mis nombres seguidos de los del periódico y de Barcelona en un esquemático cuestionario y transcribieron estas palabras en cirílico al documento del visado. Después un señor estampó un sello, puso su firma al pie y me dijo: *Bon voyage!*, mientras me tendía la mano con cordialidad. Cuando crucé el gran portal del edificio, di algunos pasos y me encontré en el bulevar Saint-Germain (era primavera), me pareció que todo aquello era un sueño: el sueño de un hombre pasivo y vagamente despierto.

Al cabo de tres o cuatro días estaba en Berlín. Llamé al timbre del magnífico piso que la señora y el señor Xammar tenían en el número 122 de Kantstrasse, si no estoy equivocado. Todo lo que el doctor Borralleres me había escrito resultó perfectamente preciso. Los Xammar tenían, en efecto, la intención de ir a Rusia, pero, por desgracia, la fecha de su partida no coincidía con la mía por ocho o diez días. Me habría gustado mucho que hubiésemos hecho el viaje juntos. ¡Había viajado tanto con Xammar por Alemania en la época de la miseria y de la inflación, cuando no sabíamos qué hacer con el dinero! Ahora sería diferente, pero en cualquier caso divertidísimo. «¡No pasa nada! —dijo Xammar con su habitual contundencia—. Usted se va primero y le dice a Nin que nos reserve una habitación en un hotel que nos convenga, que no sea muy comunista.» Y así lo hicimos. En la fecha indicada, los Xammar llegaron a Moscú con una puntualidad perfecta. En aquel momento los únicos trenes que seguían cierto horario

en Rusia eran los procedentes de Europa. Fue una gran satisfacción, porque el contacto con Xammar ha sido siempre, para mí, del mayor interés y nuestra relación, muy viva. Pasamos algunos días juntos. Paseamos mucho. Aparte de las cosas dignas de admiración, totalmente indiferentes, tengo la impresión de que el panorama general le gustó poco a la señora Xammar. Para una señora occidental, encontrarse en una ciudad sin escaparates tenía que ser un choque fortísimo. Al señor Xammar más bien no le gustó nada. En Moscú, el recuerdo de Londres se le hizo presente de una manera fortísima. Yo, entonces, era muy joven, y de joven quizás tuviera más paciencia que de viejo. Nin estaba muy pálido, macilento y silencioso. Era manifiestamente trotskista y, en aquellos precisos momentos, se estaba librando la terrible lucha por el poder entre Trotski y Stalin. Es la lucha más discreta que se ha producido, no demasiado lejos de mí, en mi vida. De día, todo parecía normal, y los tranvías y autobuses (recién comprados en Inglaterra) subían y bajaban la Tverskaia con normalidad total. El aspecto de la calle era el de siempre. Por la noche, en la habitación del hotel Lux, sobre la ciudad a oscuras y que parecía desierta, se oían ráfagas de disparos de ametralladora y lejanos cañonazos imprecisos pero ciertos... Era un poco extraño. El mutismo era completo. Los Xammar decidieron regresar a Berlín días antes de lo que en principio habíamos acordado. Al día siguiente de que se marcharan, me encontré en la habitación de Nin al célebre comunista francés (rosellonés) André Marty con su señora y su madre, quiero decir la madre de

él. Marty era universalmente conocido como *le héros de la mer Noire*, y eso le proporcionó una carrera política en su país. Marty me pareció un fanático alocado, chillón, ampuloso y catalanísimo. Debía de servir para hacer la revolución, pero no creo que sirviera para nada más. Con la vieja señora Marty mantuve largas conversaciones muy agradables. Era una campesina de Céret que llevaba un pañuelo negro en la cabeza, que no sabía lo que le pasaba en aquellos días y escuchaba a su hijo con una vaga risita. Me pareció que tenía muy buen sentido.

Los artículos de *La Publicitat* tuvieron, al parecer, cierto éxito. Después, mi difunto amigo Ignasi Armengou, que publicó mis primeros libros, los editó en la Editorial Diana, de cubiertas amarillas, y sacó cinco reediciones seguidas —5.000 ejemplares— en un espacio muy corto de tiempo. En el momento de ponerle un título a la obra, Armengou, que era ligeramente triunfalista, pidió, como condición esencial, que pusiéramos la palabra «Rusia». Como, a pesar de mis esfuerzos, no pude hacerle cambiar de opinión, le sugerí un subtítulo más modesto: «Noticias de la URSS. Una investigación periodística». Se conformó, y esa fue la cubierta del libro.

En esto, Ignasi Armengou tuvo la desgracia de nombrar depositario general y distribuidor del libro a un individuo que tenía una librería en la Rambla de Cataluña, muy cerca del cine Kursaal. Mientras se agotaba la quinta reimpresión y Armengou se ponía manos a la obra con la sexta, constató que el deposi-

tario general se había llevado el pastel sin hacer ninguna liquidación. Nadie, que yo sepa, lo ha vuelto a ver. Armengou, con toda esta historia, perdió mucho tiempo y bastante dinero. Yo presencié todo ese tejemaneje desde muy lejos, desde el norte de Europa, y sentí mucho que mi amigo se encontrara en una situación tan penosa a consecuencia, en definitiva, de mis veleidades más o menos literarias de tanta precariedad de fundamento. Todos estos hechos ocurrieron a finales del año 1925.

Desde aquella fecha hasta hoy ha pasado una cantidad de tiempo considerable. Y ahora, en el momento de organizar el quinto volumen de mi *Obra Completa*, se ha planteado el problema de decidir si se tenía que incluir la sexta reimpresión de este libro. Con este motivo, he pasado unos cuantos días sin saber qué hacer. Es indudable que las razones para no reeditarlos son de gran peso. Es un libro que, aunque básicamente siga siendo correcto del todo, señala la presencia de una situación que, comparada con la de hoy, es muy diferente, sobre todo en los detalles. Es un libro arcaico, que ha envejecido, como es natural, porque sería absurdo suponer que un país que se encuentra en un proceso vital tan intenso se hubiera mantenido durante tantos años en la pura inmovilidad. Encontrándome en esta situación decidí consultar a algunas personas cuya opinión tiene para mí, en estas y otras materias, mucha consideración. Ante mi sorpresa, constaté que me aconsejaban unánimemente reeditar este libro sin quitar ni poner palabra, es decir, dejarlo tal como estaba. Y esto porque, si el documento es en algunos aspectos arcaico,

es un documento de época, absolutamente típico y lo suficientemente poco denso para que acceder a él quizás no sea del todo incómodo y pasablemente factible. La Rusia de hoy —añadieron— es, en definitiva, una consecuencia indefectible de la de la época del libro. Son estas consideraciones las que me han llevado a incluirlo en la *Obra Completa* —decisión que hay que entender siempre con las reservas que acabo de comentar, es decir, partiendo de la idea de que se trata de un testimonio enormemente esquemático y sencillo de una época precisa, centrada en 1925—. Si, por otra parte, no he quitado de este libro ni una palabra, ni un punto, ni una coma, ni cualquier signo gramatical, es para mantener el tono inicial y en definitiva para situar la responsabilidad del autor de una manera completa e insoslayable.

Este libro es un esquema —un esquema muy simple— de una construcción social y política determinada, llevada a cabo, en su país, por un grupo de intelectuales rusos, emigrados generalmente a Occidente, que profesan ideas socialistas anticonvencionales, es decir, comunistas. De esta construcción, se ven, en este esquema, con un poco de buena voluntad, las paredes y las vigas del techo, pero no sé si estas paredes y estas vigas son las de la estructura misma, es decir, las que aguantan y han aguantado el edificio que se ha tratado de construir y que todavía no está acabado, ni mucho menos. En esta tierra hay muchas cosas muertas, pero todas las cosas vivas están generalmente inacabadas, y debe de ser por eso que hay tantas personas que, cansadas de la precariedad y del no acabamiento de las cosas de la vida,

quisieran vivir en un estado más seguro, más ordenado y más perfecto.

En 1925, cuando fui a Rusia, sabía de aquel país aproximadamente lo que sabe todo el mundo: prácticamente nada. De la revolución y de los años posteriores, sabía lo que habían dicho los diarios que había leído. Entonces, Lenin ya estaba muerto. Su cuerpo yacía en el cenotafio —de madera— que se había construido en la plaza Roja, cerca de la puerta abierta a la muralla del Kremlin. Antes del atentado del que fue objeto, Lenin mandó instaurar la Nueva Política Económica —que parecía un aflojamiento del rigor y del racionalismo de la miseria—. En Moscú iba a menudo al despacho que Andreu Nin tenía en el Profintern (Internacional Sindical Roja). Este organismo estaba instalado en un edificio muy grande, de estilo neoclásico, de color blanco, que había sido una residencia para señoritas de la nobleza. Había muchos empleados y todos iban vestidos del mismo modo: botas altas hasta la rodilla, pantalones abombados y una blusa de cuello cerrado encima de los pantalones y un cinturón de cuero. No se cubrían la cabeza. Se afeitaban la cara y llevaban el pelo cortado al cero. (Entonces, la admiración que había entre los comunistas por las maneras alemanas era muy visible y a veces sospeché si una de las primeras finalidades del partido no era dar a los rusos una disciplina en las cosas de la vida: puntualidad, hablar poco y bajo, nada de hirsutismo, higiene, ningún síntoma de pintoresquismo, trabajo, eficacia, etc.) Un día Nin me dijo que en uno de los locales de la casa se produciría un debate y me invitó a asistir. Se

lo agradecí, pero le pedí un favor: que me tradujera, sumariamente, lo que los oradores dijeran. Accedió. Tomamos un vaso de té caliente —la cantidad de vasos de té que había sobre las mesas de los despachos era abundante e iban y venían sin parar camareros con bandejas de vasos de té— y después entramos en un local muy vasto, estucado de blanco, con los retratos de siempre en la pared de la tarima. Cuando entramos, los asistentes cuchicheaban. Pero de repente se produjo un silencio, un silencio tan absoluto que me pareció un fenómeno mecánico, glacial. En general, todo en Rusia —a pesar de que era verano— me pareció glacial; en general, me dio la impresión de que, entre las personas, pasaba una corriente de aire gélida. Hablaron varios oradores, con mucha calma, como si recitaran una lección aprendida, casi sin gesticular, sin levantar la voz. Se sentaban en una hilera de sillas junto al pasillo central. De pronto, Nin se acercó a mí y, haciendo un gesto muy discreto con la mano, me dijo con una voz apenas perceptible: «¿Ve a aquel hombre que está sentado tres sillas más allá? ¿Lo ve? Es uno de los que mataron al zar y a su familia... Es amigo mío. ¿Le interesa?». «¡Hombre!», respondí. «Pero usted es periodista...», me dijo. «¿Periodista? Aficionado, a duras penas...» Después de que los oradores hablaran, Nin me resumió el acto. «Es la discusión del momento —me dijo—. Algunos oradores han sostenido el criterio de que el triunfo del comunismo pasará por grandes dificultades mientras sólo esté implantado en un único país, y esto los ha llevado a justificar la nueva política económica. La obviedad de este crite-

rio es abrumadora. Otros han sostenido que, a pesar del aislamiento, el comunismo es factible. En realidad, no se ha dicho nada nuevo. La segunda posición es más entusiasta, como puede ver.» Después hizo una pausa y añadió: «Como veo que pone cara de sorpresa —para mí, la discusión realmente era nueva—, esta tarde, en el hotel, hablaremos de ello». «Muchas gracias —le dije—. Además, quisiera hacerle una pregunta: los asistentes al acto, ¿eran todos comunistas?» «No —respondió—. Había comunistas, aspirantes y sin partido. No creo que llegaran a la mitad los comunistas.» «Otra pregunta: en actos así, ¿la libertad de expresión es absoluta?» «¡En realidad, sí! —respondió—. Si el orador no dice lo que piensa, es porque no lo considera conveniente.» «En definitiva —dije mientras tomábamos otro vaso de té—, es una libertad convencional, como suele haber entre personas correctas.» «¡Depende! —contestó Nin—. Ante el capitalismo, la libertad no es convencional; ante el comunismo, sí. Entenderá...» «¡Entendido!»

El viaje de 1925 —yo tenía entonces veintiocho años— fue una insensatez de juventud, de una literalidad indiscutible. No tenía ninguna preparación que me sirviera de piedra de toque ni ningún utillaje en el que apoyarme con cierta eficacia. Si tenía alguna fuerza interna, era el candor segregado por la ignorancia o por los movimientos del instinto. Todo me pareció muy singular, en realidad de una novedad insospechada, insospechada más en el juego mental y en la fraseología que en la realidad. Aludir ahora al mercado negro que había por las calles, a la

prostitución, al alcoholismo, a la desidia general de la humanidad inmediata, a la miseria, no tendría ningún sentido. Esta clase de periodismo de una dialéctica tan primaria nunca me ha interesado, y todavía menos el acercamiento al hombre que tomó parte en la hecatombe de la familia imperial, por más sensacionalismo que cause la materia. Bien mirado, no obstante, a mí me parece que mi posición —basada en el candor de la ignorancia— no es, periodísticamente hablando, rechazable a ciegas. Yo fui a Rusia enseguida que este país se abrió al periodismo vulgar y mediocre como siempre ha sido el mío y quizás el de varios otros periodistas. Antes de la llegada de los ignaros sólo habían ido a Rusia personalidades de renombre mundial, de primera categoría. Uno de los que fueron fue el célebre Bernard Shaw; otros, el presidente Herriot, el explorador Nansen, etc. Una de las cosas que dijo Bernard Shaw fue que, hablando con Lenin, se dio cuenta de que ese personaje era de tan baja estatura que cuando se sentaba en una silla sus pies no tocaban el suelo... La frase dio la vuelta al mundo y fue celebradísima. Pero ¿qué dijo Bernard Shaw que no fuera celebradísimo? Los grandes hombres tienen los derechos de su categoría. Cuando Nin me presentó a Karl Rádek, que entonces dirigía *Pravda*, ni siquiera osé decirle que el célebre ideólogo (que más tarde Stalin mandó fusilar en el proceso) me pareció un sapo desabrido e insomne, sucio, de una miopía incómoda, agravada por una amarillez de piel ácida y frenética y un hirsutismo capilar que contrastaba con el hecho de que era barbilampiño y demostraba una manera de presentarse

excesiva —porque había que ser muy comunista para manifestar aquella abundancia de pelo—. Tuve miedo de que Nin me dijera que los argumentos *ad hominem* no eran aceptados en el mundo comunista y no dije nada.

Así, este libro no tiene más pretensión que presentarse tal como es, o sea: pretensión nula. He puesto de manifiesto —hace unos momentos— mis pobres, precarios, elementos de actuación. No se trata ahora de alguna forma de cómoda humildad, sino de los hechos tal como se produjeron. Repito lo que escribía hace un instante: este libro es un esquema explícitamente sencillo de una construcción: las paredes y las vigas de un armatoste, con la duda de si las vigas y las paredes que he tratado de describir son las que aguantan realmente el edificio. Quizás haya países ante los cuales no se puede hacer más, si no se considera conveniente, claro, recurrir a las estadísticas. Tal vez se podría considerar un suplemento útil a este libro el retrato que escribí sobre Andreu Nin, mi desdichado e inolvidable amigo, retrato que algún día será reeditado en un volumen de «Home-*nots*» [Grandes tipos] de esta *Obra Completa*.

Mas Pla, enero de 1967